

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón

Milán, 17 diciembre 2014

Texto de referencia: J. Carrón y D. Prosperi, «SI TÚ NO ESTÁS, YO NO SOY», Huellas-Litterae communionis, octubre 2014, pp. I-XII.

E se domani

Il figliol prodigo

Gloria

¿Quién es crucial para nosotros? ¿Quién es tan importante para nuestra vida como para decir, con las palabras de la canción de Mina que acabamos de escuchar: si le perdiera, «perdería el mundo entero, no solo a ti»? ¿Quién puede responder realmente a esta exigencia? Solo alguien que represente de tal forma el significado de la vida que sin él, sin su presencia, pierdo todo, me siento desorientado, perdido. Esto es lo que tuvo que descubrir el hijo pródigo a través de un camino, un proceso largo a través del cual su libertad se había movido en una determinada dirección. Toda la vida se nos da para descubrir esto: quién es tan importante como para decir que si lo perdemos, perdemos el mundo entero.

Quería poner delante dos preguntas que surgieron en la Escuela de comunidad que hago con unos amigos. Nos hemos dado cuenta de que era necesario dirigirnos a ti, porque tienen una relevancia que nos parece importante en este momento. La primera es esta: comentando la parábola del hijo pródigo, mencionas al padre Spadaro que en el Meeting dijo: «Es necesario acompañar los procesos culturales y sociales, por muy ambiguos, difíciles y complejos que puedan ser» (Le periferie dell'umano, a cargo de A. Belloni y A. Savorana, Bur, Milán 2014, p. 53). ¿Qué puede querer decir para nosotros, en este momento, acompañar los procesos culturales y sociales? Es más fácil entender qué quiere decir acompañar a una persona, pero, ¿qué significa acompañar un proceso cultural y social? Y luego, siguiendo con la misma cuestión, ¿hay ciertos procesos que piensas que es más importante acompañar en este momento, que sean como una indicación que nos das? La segunda pregunta cambia un poco de tema pero tiene mucho que ver, porque parte de lo que dijo el Papa en el Congreso de los movimientos: el Papa Francisco nos reclama a «conservar la lozanía del carisma [evitando] paralizarse en esquemas tranquilizadores, pero estériles». Y añade: «La novedad de vuestras experiencias no consiste en los métodos y en las formas, por importantes que sean, sino en la disposición a responder con renovado entusiasmo a la llamada del Señor». Y sigue: «Si se defienden las formas y los métodos por sí mismos, se convierten en ideológicos, alejados de la realidad que está en continua evolución» (Discurso de clausura del III Congreso Mundial de los Movimientos eclesiales y Nuevas Comunidades, 22 noviembre 2014, 1). Es entonces cuando nos hemos preguntado: en este momento de nuestra historia, mirando al movimiento, ¿tú identificas formas y métodos que se han alejado de la realidad y que por lo tanto nos alejan en vez de

ayudarnos a estar dentro de la realidad? O también en positivo: ¿cuál es la llamada del Señor a nuestro movimiento? ¿Qué nos pide ahora?

Creo que una pregunta como esta nos puede ayudar a mirar el contexto en el que se nos llama a vivir la fe para poder acompañarnos a nosotros mismos y a los demás dentro de la circunstancia actual. Si entiendo bien lo que dice el Papa, creo que subraya que el mundo está en constante cambio, a una velocidad que hace algunos decenios no podíamos ni soñar. Esto es evidente para todos, del mismo modo que sabemos que todos estamos inmersos en este rápido cambio. ¿Cómo podemos vivir en este contexto? En mi opinión, la primera cuestión es identificar cuáles son los procesos más importantes de nuestro tiempo. En este sentido siempre me ha iluminado, como he recordado en otros momentos durante este año, el juicio de Benedicto XVI sobre los grandes cambios que empezaron hace algunos siglos sobre el largo proceso del que solo ahora se ven todas las consecuencias. Decía que «en la época de la Ilustración [...] se intentaron mantener los valores esenciales [de la vida] de la moral por encima de las contradicciones [como dejándolas al margen de todas las cuestiones ideológicas o religiosas] y buscar una evidencia [me impresiona que el Papa use precisamente esta palabra, "evidencia"] que los hiciese independientes de las múltiples divisiones e incertezas de las diferentes filosofías y confesiones», porque se intentaba «asegurar los fundamentos de la convivencia y, más en general, los fundamentos de la humanidad. En aquel entonces, pareció que era posible, pues las grandes convicciones de fondo surgidas del cristianismo en gran parte resistían y parecían innegables». Parecía innegable que esto continuaría hasta el infinito. Me ha sorprendido la lucidez con la que Benedicto XVI observa que «la búsqueda de una certeza tranquilizadora [...] ha fracasado» (*L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, LEV-Cantagalli, Roma-Siena 2005, pp. 61-62). Esto ya es evidente para todos, es un dato indiscutible, lo podemos comprobar en todas las cuestiones de la vida. Ese proceso ha generado una sociedad mucho más plural que aquella en la que nacimos, en la cual se pone en discusión todo y donde las grandes convicciones de fondo ya no son compartidas. Lo vemos en la familia, en la educación, en la sociedad, en las relaciones, es un fenómeno que afecta cada vez más a todos los aspectos de la vida. En una entrevista con ocasión del Sínodo, el cardenal Scola decía que «la revolución sexual es un desafío quizás no menos que la revolución marxista» (La Repubblica, 12 octubre 2014) en el Sesenta y ocho. Estamos delante de desafíos que hace algún tiempo no nos habríamos podido ni imaginar. Respecto a la palabra utilizada por Benedicto XVI, también don Giussani decía ya en 1987: «Es como si [hoy] ya no hubiese ninguna evidencia real más que la moda» (*L'io rinasce in un incontro*. 1986-1987, Bur, Milán 2010, pp. 181-182).

Por lo tanto, todos nosotros estamos inmersos en estos procesos. Muchos de nuestros contemporáneos (y también muchos de nosotros, inmersos hasta el cuello) ya han hecho un recorrido en busca de otra cosa y algunos ya están volviendo, han verificado que una ideología como la marxista ya no funciona, ya no es adecuada, ni tampoco una cierta forma de vivir de la que se esperaban ciertos resultados. Lo hemos visto documentado por muchas personas importantes que han presentado la *Vida de don Giussani*:

personajes que como mentalidad son diferentes de nosotros, provienen de otros contextos, de posiciones totalmente diferentes, pero que leyendo el libro, viendo cómo don Giussani ha vivido algunos de estos procesos, han encontrado una ayuda, una luz o, por usar la palabra del padre Spadaro, una «antorcha». ¿Cómo nos ha acompañado Giussani a vivir los procesos culturales y sociales? Y, ¿qué incidencia hemos tenido en ellos? Hemos tenido incidencia en la medida en que se nos ha ayudado a vivir y se nos ha facilitado no perder el camino delante de todos los cambios que hemos afrontado. Lo recordamos en la primera lección de los Ejercicios de la Fraternidad, cuando hice referencia a lo que sucedió en el Sesenta y ocho como ayuda para afrontar el desafío que tenemos ahora respecto a ciertos derechos o a la revolución sexual (como fue para la revolución marxista en el Sesenta y ocho). Son desafíos que todos nosotros tenemos delante. Por no hablar de la educación, un desafío igualmente decisivo. En todos estos procesos, ¿cómo podemos acompañar a otros y acompañarnos? ¿Qué hizo don Giussani? ¿De qué forma nos ha acompañado? A través de la generación de un sujeto capaz de no dejarse llevar por estos procesos, sin perder constantemente el camino, un sujeto para el que todo esto se convierta en una ayuda para hacer un camino. Hay algunas modalidades de respuesta que han demostrado ser insuficientes. Por ejemplo, es evidente que delante del derrumbamiento de ciertas evidencias no basta el discurso correcto, como decía siempre el cardenal Scola: «Todavía se piensa, con un cierto intelectualismo ético, que el único problema es aprender la doctrina justa para aplicarla a la vida: "La auténtica doctrina, una vez proclamada, vencerá"» (Huellas, n. 8/2014, pp. 25-26). Esto, como podemos ver, ya no funciona. Don Giussani siempre nos ha dicho que no basta la repetición formal de la verdad para que uno la asuma, haciéndola suya. Precisamente por esto me impresiona el camino del hijo pródigo, porque él sabía ciertas cosas, al igual que nosotros las sabíamos y como tantos de nuestros contemporáneos las habían recibido de la Iglesia, pero todo esto no ha frenado el proceso por el que hoy «ya no hay ninguna evidencia real». Solo quien ha hecho un camino, solo quien ha hecho experiencia personal dentro de estos procesos podrá acompañar a los demás para que puedan vivirlos sin perderse. Podemos comunicar a los demás solo lo que cada uno de nosotros ha ganado ya como experiencia. Sin embargo, a veces parece que insistir en el camino personal que cada uno tiene que hacer sea algo desproporcionado e inadecuado respecto a algunos de estos procesos, pero don Giussani no pensaba lo mismo. Me ha sorprendido que justo dos días después de la ocupación de la Universidad Católica –el 19 noviembre 1967, ¡dos días después!–, en un retiro del Grupo adulto, dice que ha sucedido lo que ha sucedido porque los universitarios del movimiento no han buscado al Señor día y noche y esto no les ha dado la inteligencia adecuada para estar delante de esos procesos: «"Y de este modo, incluso la inteligencia de la situación y de las cosas que hay que hacer –que es una inteligencia diferente, más aguda, porque es una inteligencia dictada desde el punto de vista de Dios– nos falta tan fácilmente porque [a Dios] no le buscamos día y noche". De hecho, "si le hubiésemos esperado día y noche, incluso la postura de los nuestros en la convivencia en la Universidad Católica habría sido diferente"» (*Vida de don Giussani*, Bur, Milán 2014, p. 391). Mi deseo es que conservemos estas cosas que nos dice don Giussani para poder

incidir realmente en los procesos en los que estamos inmersos hoy en día. Pero esto es posible solamente si no nos perdemos por el camino.

Por primera vez sé responder a las preguntas que haces. En la última Escuela de comunidad, cuando hacías referencia a la parábola del padre misericordioso, preguntaste: «¿Cuánto tiempo necesitamos para entender realmente cuál es nuestra necesidad, y poder descubrir así la gracia de tener un Padre?». Soy la hija mayor de dos hermanas, siempre me he identificado con el hijo que se queda en casa y que ve cómo su hermano es preferido por su padre. No es que me faltase nada: colegios privados, viajes al extranjero... Cuando terminé la universidad, el deseo de formar una familia y de tener una vida mía se hacía cada vez más grande: deseaba caminar sobre mis propias piernas y no molestar al Señor por cualquier cosa. Todo esto me parecía algo legítimo. Conocí a la persona que después se convertiría en mi marido, pedí mi parte de la herencia y me casé. Pensaba que por fin lo tendría todo, todo lo que soñaba: marido, hijos, casa, trabajo, en una palabra, lo que para mí significaba la "felicidad". Obviamente había considerado muchas cosas: dificultades económicas, enfermedades, incomprensiones, hasta posibles infidelidades recíprocas, pero consideraba que mi marido era un regalo del cielo y confiaba en la Providencia. Me mudé a la ciudad, y aunque no "viviese de forma disoluta", es más, buscaba por todos los medios construir una familia cristiana, me di cuenta de que estaba cada vez más lejos de Él y de que el hombre con el que me había casado no pretendía en realidad construir la familia sobre los valores que yo creía que compartía y que para mí tenían como punto central a Cristo, hasta el punto de que incluso ir a Misa el domingo se había convertido en un problema. A esto se añadió la carestía cuando mi marido me abandonó dejándome con los hijos pequeños. Me sentí perdida: el deshonor, la humillación de haber sido rechazada, los proyectos hechos añicos, la falta de dinero, la pesadilla del tema judicial, mi sufrimiento y el de mis hijos. En medio de ese sufrimiento yo también busqué la consolación de otro hombre, pero afortunadamente – puedo decir ahora–, ¡nadie me la dio! En ese momento me di cuenta de que el hijo pródigo era yo, y que lo único que quería era volver a los brazos del Padre. Un Padre que no me había dejado sola ni un minuto y que tenía la forma de los brazos grandes y vigorosos de mis padres, de mi hermana, a la que yo envidiaba y que nunca había dejado de quererme, de mis primos y de los amigos del movimiento. Precisamente el movimiento de Comunión y Liberación, que ya había encontrado dos veces y que había archivado felizmente, se me presentaba delante por tercera vez. Entre los amigos del movimiento hay alguien que todavía no me ha dejado, y que con infinita paciencia y tenacidad no deja de testimoniarme que soy amada y que no me definen mis límites y mis errores. Y ahora, al comienzo de mis 42 años, puedo decir que soy una persona feliz. Sí, feliz, porque estoy llena de la alegría que solo el encuentro con Él puede dar. He necesitado la trayectoria de toda mi vida para volver a descubrir la gracia de tener un Padre y mi libertad ha tenido que pasar a través de un abandono para descubrir la verdad de mí misma, pero estoy agradecida de este recorrido y reconocida a don Giussani por el precioso don de los Memores Domini, la gota que ha brotado de la "corteza abierta" de su carisma y por cuyas vocaciones rezo sin cesar.

Gracias. Una libertad que quiere alejarse de casa y una casa que la espera. ¿Cómo ha acompañado y desafiado don Giussani esta forma de pensar en la libertad como una «fuga», tan difundida en nuestro tiempo, en los procesos de los que estábamos hablando? Davide ha tenido una idea y nos ofrece un ejemplo de cómo hacía don Giussani.

***Davide Prosperi.** Lo que me ha provocado de la modalidad con la que Carrón nos ha vuelto a proponer la parábola del hijo pródigo en la Jornada de Apertura de curso fue su profundización en la experiencia que creo que todos vivimos, es decir, su juicio sobre el hombre moderno y, por lo tanto, sobre nosotros. Me parece que también es el hilo conductor del testimonio que acabamos de escuchar y que me ha hecho pensar inmediatamente en nuestra posición original, porque la trayectoria humana del hijo pródigo apenas se concreta en el sentimiento de los propios errores, delante de los cuales, gracias a Dios, hay quien nos perdona, sino que se concreta originalmente en una pretensión de autonomía. De hecho, tendemos a afirmarnos a nosotros mismos, nuestra libertad, como independencia de la relación real, histórica y experimentable que nos genera ahora. Como si, para afirmarme a mí mismo, para poder cumplir hasta el fondo mi propia humanidad, de alguna forma tuviese que separarme, cortar esta relación. Creo que también en nosotros, incluso después de muchos años de experiencia del movimiento, se deja ver esta posible dinámica por la que me afirmo a mí mismo según lo que siento, lo que pienso, lo que entiendo, como alternativa al bien verdadero, concreto, real de nuestra vida, que es la base del "yo" real: el abrazo del Padre. Lo que conmueve de esta parábola cuando uno piensa en su propia vida es la esperanza que nace del hecho de que este abrazo nos sigue, es decir, no se pierde la continua posibilidad de volver a él, de volver a reconocerle. Entonces, pensando en esto durante la Escuela de comunidad con mis amigos, pensé en proponer un fragmento del Concierto para violín y orquesta de Beethoven, precisamente porque me acordaba de que Giussani le había dado una lectura, según su extraordinaria sensibilidad también musical, que documenta cuál es el núcleo de la cuestión.*

(Audición del primer movimiento –I. Allegro ma non troppo – del Concierto para violín y orquesta en Re mayor, op. 61, de Ludwig van Beethoven, Cd n. 6, Spirito Gentil).

Spirito Gentil: «En concreto, la cuestión última de la existencia humana se puede sintetizar de esta forma: el hombre nace de, recibe todo de. Es impresionante el hecho de que nada de lo que es propio de nuestro "yo" es nuestro. Y, sin embargo, la tentación más grave del hombre es la de concebirse autónomo, tan grave que coincide con la esencia misma del pecado original. El Concierto para violín y orquesta de Beethoven que escucho desde hace casi cincuenta años, desde que empecé a enseñar religión en el liceo Berchet de Milán, se ha convertido para mí en símbolo de esa tentación suprema, encarnada y continua del hombre de hacerse dueño de sí, señor de sí mismo, medida de sí, en contra de la evidencia de las cosas. Desde que el Diablo dijo a la mujer: "No es verdad que si comes de la manzana morirás; al contrario, si comes de ella, serás libre, adulta, serás como Dios, conocerás el bien y el mal", desde entonces, los esfuerzos del hombre para utilizar su razón de forma autónoma, como cultura y como

dinámica de amor, se han multiplicado. Pero volvamos a Beethoven. Hace casi cincuenta años habríais podido ver por las calles de Milán a un cura que andaba con un enorme gramófono. Y si alguien le hubiera preguntado: "¿Adónde vas?", habría respondido: "Voy al colegio". "¿Y te llevas el gramófono al colegio?". "Como el colegio no me deja el suyo, entonces me llevo el mío". Una de las primeras audiciones que empleaba en mis clases en el colegio era precisamente el Concierto para violín y orquesta, con ese tema fundamental que recorre toda la pieza: la vida del hombre, de la sociedad, está representada por la melodía de la orquesta, de la que por tres veces huye el violín para afirmarse a sí mismo y que lo retoma otras tantas veces hasta descansar en paz, como si dijese: "¡Por fin!". El violín –el individuo–, para afirmarse a sí mismo, tiene siempre la tentación de alejarse en un impulso fugaz, y precisamente en esta tentativa el instrumento da lo mejor de sí mismo. Por esto los temas más fascinantes del concierto son los del violín, los del individuo que trata de afirmarse por encima de todos. Pero el violín no puede resistir mucho tiempo ese ímpetu. Menos mal que existe la orquesta -la realidad comunitaria- que lo vuelve a tomar consigo. Siempre recordaré el estremecimiento que recorrió la clase cuando puse por primera vez este fragmento de Beethoven en el colegio: el violín expresaba un sentimiento de tan ardiente nostalgia que realmente nos traspasaba a todos. Tanto es así que una chica, sentada en el segundo banco junto a la ventana que daba al patio, rompió a llorar, la clase no se rió. Yo, entonces, solamente dije que el lugar de la paz está donde todos los ímpetus irracionales, o en cualquier caso incompletos, de la instintividad se recomponen: en la comunidad. En efecto, ¿qué es lo que permite al violín completar las tres fugas citadas anteriormente, solitarias y geniales, los tres momentos más pacificadores del concierto? El apoyo de la comunidad, de la orquesta, a la que puede volver en cada momento, que lo recupera en cada fuga, lo sigue y lo retoma cada vez que escapa. El violín es el hombre que espera más en sus fuerzas momentáneas, siempre concebidas de forma aislada, que en la tentativa común dictada por un origen y un destino compartidos. Sea como sea el modo en que se conciba, esta autonomía del individuo no puede ser justa, precisamente porque como tal no tiene verdadero origen ni destino, y por tanto no puede crear historia. Puede suscitar un momento de emoción en el tiempo pero, después de haber sacudido la superficie del agua, no puede hacer nada, no logra tener un fin. La pasión nostálgica que suscita el tema fundamental del Concierto para violín y orquesta –aquella que provocó el llanto repentino de la chica– es el emblema de la espera de Dios que tiene el hombre». (L. Giussani, «La dimora dell'io», en Spirito Gentil. Un invito all'ascolto della grande musica guidati da Luigi Giussani, a cargo de S. Chierici y S. Giampaolo, Bur, Milán 2011, pp. 135-137).

Otro desafío que nos provoca constantemente a cada uno de nosotros, en la familia o en la educación de los jóvenes, es cómo acompañar los procesos de nuestros hijos o alumnos.

En la última Escuela de comunidad un chico nos habló de su accidente y del hecho de que, en una situación objetivamente trágica, les dijo inmediatamente a sus amigos que no quería que le consolaran, sino que le ayudasen a estar delante del Misterio. Esto me

descolocó literalmente y me ha hecho mirar con ojos nuevos una situación que había vivido esa misma mañana. Es más, me ha hecho mirarla por primera vez. Tú nos dijiste: «A través de este imprevisto, de un detalle de la realidad que puede ser, como en este caso, algo estupendo, o que puede ser una circunstancia no tan estupenda. Hay quien dice que estas cosas solamente suceden mirando las montañas y algo bello, mientras que cuando sucede algo desagradable no nos habla, no nos despierta. Y sin embargo...». Y sin embargo, pues eso... Esta mañana, de hecho, había estado con mi hija en el médico. Tuvo un accidente que por fortuna solo le ha causado dos heridas. Justo el miércoles por la mañana el médico le tenía que haber quitado los puntos, pero al darse cuenta de que las heridas no se habían curado todavía, decidió no hacerlo. Yo sabía que mi hija estaba desando "volver a la normalidad", borrar ese feo recuerdo y el susto, e intuía que estaría desilusionada. Cuando subimos al coche vi por el rabillo del ojo que estaba llorando. Intenté decir lo que toda madre, disgustada ante el dolor de una hija, diría normalmente: "Ya verás, si el médico no te ha quitado los puntos es porque si esperas volverás a ser tan guapa como antes. Sé paciente, con todo lo que te podría haber pasado eres afortunada". Etcétera, etcétera... En fin, estaba intentando consolarla. Pero escuchando a ese chico entendí que mi juicio era profundamente erróneo. ¡Yo le había ofrecido una consolación sin abrirle el camino hacia el Consolador! Y entonces me dije: «Pero, ¿quién eres tú para cerrar este espacio donde el Misterio está hablando con tu hija? ¿Cómo sabes que esas cicatrices no son el modo con el que Dios le está diciendo a tu hija: "Déjame un poco más de espacio, déjame entrar para que pueda recordarte que soy yo quien te hace?"». Entonces le escribí un mensaje: "Tu madre ha dicho una tontería. ¿Desayunamos juntas mañana?". El desayuno fue una cosa sencilla pero de una intensidad increíble. Le conté lo que me había sucedido y le dije: "Ves, no basta con dar gracias a la Virgen porque el accidente haya terminado bien. Nos estábamos perdiendo lo mejor. Da gracias por estas cicatrices, son una caricia Suya con la que te pide que le dejes entrar otra vez". No sé qué le aportará a mi hija. La vi irse con una nueva alegría y certeza de quien sabe que ha sido extrañamente preferida. Y sé que esto también me está cambiando a mí. ¡Cuántas cicatrices me he apresurado en cerrar, sin amarlas! Sin aceptar que eran el modo con el que Él me pedía ser amado y custodiado. Vuelvo a empezar de este punto. No de una consolación falsa, sino del verdadero Consolador.

Otra cosa que me ha sucedido ha sido la Recogida de Alimentos. Entre los muchos alumnos que se han involucrado en el supermercado con nosotros los profesores, sobre todo tres de ellos destacaban por su entrega y su alegría. Son los de la "primera fila", pero no porque sean los más estudiosos, sino porque son los más vivaces y los profesores les obligan a sentarse allí. Con uno de ellos había sucedido un episodio que me ha hecho entender que yo no estoy llamada a hacer lo correcto, sino lo que es verdad. Creyendo que había copiado sus deberes, decidí preguntarle en clase. Le fue bastante mal y yo creí que había hecho justicia. Estaba a punto de darle lo que se merecía demostrando tener razón al dudar de él. Pero cuando iba a ponerle el insuficiente, no sé por qué me paré y le miré. Estaba con la cabeza gacha, entre el enfado y la desilusión. "¿Qué pasa? ¿En el fondo solo es un 4! ¿Cuál es el problema?".

"Estoy enfadado profe, porque si saco un 4 ya no podré jugar al fútbol. Y además a mi padre le disgustará". Entonces me dije que a lo mejor ese chico no amaba todavía mi asignatura, pero sí que ama algo: ama el fútbol y a su padre. Entonces decidí no hacer inmediatamente lo que desde el punto de vista profesional se me pediría, sino lo que yo veía que era más verdadero. Para mí y para él. Porque, ¿quién soy yo para no mirarle a él como a mí me gustaría, y de hecho soy mirada? Entonces le dije, entre el desconcierto y la incredulidad de la primera fila: "Esperemos un momento. Te vuelvo a preguntar la semana que viene". Y a la semana siguiente, por supuesto, triunfó. Había estudiado con un interés enorme, encomiable. Y como él, día tras día, todos los de la primera fila que habían asistido a aquella escena. Hacer lo que es verdadero y no simplemente lo que es correcto nos liberó a él, a sus compañeros y a mí. Incluso a su madre, que cuando vino a la entrevista me dijo con lágrimas en los ojos: "¡No creía que se pudiese querer así!". En el fondo también al hijo pródigo le debió suceder algo parecido. Él ya sabía lo que era correcto. ¡Tuvo que irse de casa para reconquistarlo como verdadero!

Creo que en el discurso a los movimientos el Papa se refiere precisamente a situaciones como esta cuando afirma que nos encontramos delante de una humanidad herida, y esto es parte de los procesos de los que hablábamos. El hombre de hoy vive serios problemas a la hora de elegir, como podemos ver. Y muchas veces intentamos sustituir la libertad de las personas para que deleguen en otros las decisiones de la vida. Hace falta resistir, subraya el Papa, a estas tentaciones «de sustituir la libertad de las personas y dirigir las sin esperar que maduren realmente» (*Discurso de clausura del III Congreso Mundial de los Movimientos eclesiales y Nuevas Comunidades*, 22 noviembre 2014, 2). También nosotros tenemos que cambiar respecto a esto. ¿Qué tenemos que aprender? Este resistir a la tentación no significa que tengamos que retirarnos de la realidad; al contrario, este resistir al que nos invita el Papa Francisco no es para retirarnos, sino para aprender cuál puede ser la modalidad más adecuada de responder a la herida de la persona que tenemos delante. Vuelvo a leer la frase del Papa: «Hay que resistir la tentación de sustituir la libertad de las personas y dirigir las sin esperar que maduren realmente». A este estudiante le bastó una semana para empezar a cambiar.

Pensando en estas cosas, me sorprendía un texto de Péguy que os propongo: «Preguntad a un padre si el mejor momento / No es cuando sus hijos empiezan a amarle como hombres, / A él, como a un hombre, / Librementemente, / Gratuitamente, / Preguntad a un padre cuyos hijos están creciendo. // Preguntad a un padre si no hay una hora secreta, / Un momento secreto, / Y si no ocurre acaso / Cuando sus hijos empiezan a hacerse hombres, / Libres, / Y le tratan a él como a un hombre, / Libre, / Le quieren como a un hombre, / Libre, / Preguntad a un padre cuyos hijos están creciendo. // Preguntad a un padre si no hay una elección entre todas / Y si no ocurre acaso / Precisamente cuando desaparece la sumisión y sus hijos hechos hombres / Le quieren, (le tratan), Por así decirlo, como concedores, / De hombre a hombre, / Librementemente, / Gratuitamente. Le estiman así. / Preguntad a un padre si no sabe que nada vale tanto como / Una mirada de hombre que se cruza con otra mirada de hombre. // Pues bien, yo soy su padre, dice

Dios, y conozco la condición del hombre. / [...] Todas las sumisiones de esclavos del mundo no valen lo que una hermosa mirada de hombre libre. / O más bien todas las sumisiones de esclavos del mundo me repugnan y lo daría todo / Por una bella mirada de hombre libre / [...] Por esta libertad, por esa gratuidad lo he sacrificado todo, dice Dios, / Por esa afición que tengo de ser amado por hombres libres, / Libremente, / Gratuitamente, / Por verdaderos hombres, viriles, adultos, firmes. / Nobles, tiernos, pero de una ternura firme. / Para conseguir esa libertad, esa gratuidad, lo he sacrificado todo, / Para crear esa libertad, esa gratuidad, / Para hacer actuar esa libertad, esa gratuidad. // Para enseñarle la libertad» (*El misterio de los santos inocentes*, Encuentro, Madrid 1993, pp. 75-77). En este proceso hay mucho que aprender para poder amar así. Incluso en el trabajo hay procesos en los que es necesario aprender constantemente.

Con las preguntas que nos propusiste la última Escuela de comunidad me he dado cuenta de que el recorrido que nos estás poniendo delante me sirve sobre todo para el trabajo. Mi trabajo consiste en ayudar a los hombres de negocios jóvenes a ser más conscientes de sí mismos, de forma adulta, y a través de esto a dirigir sus empresas en las dificultades. Para hacer este trabajo tenemos que trabajar mucho sobre nosotros mismos, no solamente a través de cursos de formación a nivel internacional, en grandes escuelas de negocios, sino también ejercitando una gran disciplina para saber escuchar, respetar, comprendernos a nosotros mismos y por lo tanto a los demás. En los últimos meses le he pedido a una médico psiquiatra, analista y experta en neurociencia que trabajase con nosotros una tarde al mes para confrontarnos con ella y mejorar continuamente nuestro trabajo. Y esta psiquiatra, laica, agnóstica, durante el último encuentro nos habló (¡fue ella!) de la parábola del hijo pródigo, diciendo que la única forma de conquistar la libertad es vivir como el hijo pródigo, y también de la necesidad del padre que nos hace descubrir nuestra identidad, la necesidad del sentido de la realidad y por lo tanto de la responsabilidad que cada uno de nosotros tiene en el trabajo y sobre todo en la dirección de una empresa. Estamos hablando de empresas con millares de trabajadores en el mundo. En definitiva, el recorrido que nos estás proponiendo es exactamente el mismo que guía mi trabajo cada día. Y te digo la verdad: solo si yo me convierto en adulta, responsable, consciente, en una palabra, unida, puedo trabajar y encontrar a los demás. Si no, como dices tú, yo soy solo parte del problema; es más, lo agudizo.

Respecto a la pregunta que planteaste en la última Escuela de comunidad: «¿Qué recorrido ha tenido que hacer tu libertad para descubrir la verdad?», quería contarte mi experiencia. Hace algunos años viví una circunstancia muy dramática: mi marido se murió de pronto. En esa circunstancia de enorme sufrimiento supliqué y grité al Señor para que me ayudase a soportar el dolor, porque no encontraba descanso en nada y no conseguía tener un segundo de paz. Cristo escuchó mi súplica, le encontré en el movimiento, que conocí justo en esa época. ¡Precioso! Descubrí por primera vez una correspondencia enorme a mi corazón por el deseo tan grande que tenía de verdad y viví maravillada la predilección que Cristo tenía por mí. Se hizo evidente quién era yo, de dónde vengo, mi origen, mi verdadero "yo". Nació una atracción y una fascinación

por esta experiencia que deseo seguir viviendo, al igual que un deseo grande de reconocerle en el día a día. Es decir, mi libertad se pone en juego justamente en el seguimiento al movimiento, lugar que me educa a vivir la realidad, me hace consciente, me ayuda a conocer y a descubrir el sentido de la vida. Nada puede colmar el sentido de insatisfacción y el vacío que he sentido muchas veces y que aún siento, pero ahora sé que existe, que existe Aquel que responde a mis grandes deseos y que cumple. Así se hace concreta la frase del Evangelio: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Estoy agradecida por la genialidad del método de Dios que, para encontrarnos, «se ha hecho carne». Creo haber vivido la experiencia del hijo pródigo que se cuenta en la parábola: "tocando el fondo" he llegado a intuir quién es para mí el Padre, que solo Él puede colmar el deseo de felicidad que tengo. Estos días estaba leyendo el libro de Giussani En camino y una intervención hablar de un cartel de Navidad que dice: «El camino del Señor es tan sencillo como el de Juan y Andrés [...]. en el fondo, no hay otro camino...». y Giussani pregunta: «¿Por qué es sencillo?». Y responde el que interviene: «Porque "han empezado a ir detrás de Cristo: por curiosidad y deseo. En el fondo, no existe otro camino más que esta curiosidad deseosa que se despierta por un presentimiento verdadero"»; y Giussani confirma, con una enorme profundidad y una sencillez extrema el corazón de la cuestión: «"Curiosidad deseosa que se despierta por un presentimiento verdadero": eliminad una de estas palabras y eliminaréis la vida» (In cammino. 1992-1998, Bur, Milán 2014, pp. 16-17). Doy gracias al Señor por el don que nos ha hecho con tu presencia, signo de Su Presencia.

Gracias. Hablemos ahora de otro desafío que tiene que ver con nosotros en la situación del presente, que es la crisis económica que perdura con toda la necesidad que genera. Hay un gesto, en el que la mayoría de nosotros ha participado recientemente, que intenta responder al crecimiento de la pobreza que existe. Ahora el responsable del Banco de Alimentos resume la modalidad con la que se ha dado la contribución a este proceso.

Andrea Giussani. *La gran experiencia que ha supuesto la última Recogida de Alimentos, con todas las historias que hemos podido ver y lo que nos han contado, seguramente sea la riqueza más grande de este gesto, mucho más que el resultado práctico, que aun así ha registrado un 2% más de comida recogida que el año pasado. En estos tiempos, es un dato excepcional, tanto porque la crisis sigue como porque algunas recogidas se han difundido por todos lados, lo que es un bien por la difusión de la caridad que supone, aunque a veces se revelan como iniciativas poco ordenadas y por lo tanto poco ejemplares desde el punto de vista de su futuro. Por lo tanto, en lo que respecta al mayor resultado de la recogida: se trata de un gesto que hacemos desde hace dieciocho años exactamente de la misma forma y que proponemos de la misma forma, pero que cada año se descubre que es una nueva sorpresa. Y este año además se ha enriquecido con más testimonios, no solo por parte de los que estaban físicamente – los voluntarios y los que donaban alimentos–, sino también de personas que no se encontraban allí porque estaban enfermas, inválidas, o que no habían podido ir por otros motivos, pero que se han unido a nosotros a través de instrumentos tecnológicos.*

Al terminar, la pregunta que nos hemos hecho es esta: ¿Por qué todavía hoy, en esta situación de crisis, las personas proporcionan cosas? ¿Por qué lo hacen personas que nos encontramos y que a veces parecen hostiles o aburridas? Sobre todo porque la pobreza es evidente, es real, es cercana a nosotros, no es un cuento, no es algo lejano sino que está en nuestras vidas, la encontramos en nuestras ciudades, en nuestros barrios. Y puede que la experiencia de la Recogida de Alimentos en los últimos años y en los últimos meses haya sabido indicársela mejor a todos. Y luego porque la recogida es un gesto sencillo, sencillísimo, claro, sostenido por razones comprensibles inmediatamente, que no están censuradas ni reducidas, porque las diez líneas que invitaban al gesto dicen exactamente lo que queremos hacer y se comunican a través de las personas por la alegría con la que participan de la recogida, no como un deber o un turno que cubrir. Se ha visto en todos los puntos de Italia, los hemos visto porque hemos estado juntos el día de la recogida, familias, ancianos, niños, estudiantes, indigentes que hacían de voluntarios, cajeras que cambiaban sus turnos para hacer de voluntarias, presos con libertad vigilada. La verdad es que es una Italia muy variopinta; por encima de todo tenemos que reconocer que la recogida es contagiosa, don Giussani la definía como «el fondo común de los italianos». Lo que he visto suceder este año ha suscitado en mí una reflexión, a lo mejor demasiado estadística: la recogida hace que salgan a la calle alrededor de ciento treinta y cinco mil voluntarios, de los cuales como mucho un tercio viene de la experiencia del movimiento. Esto quiere decir que el resto vienen de otras historias: son alpinos, gente de otras obras de caridad, de Cáritas, de San Vicente, a veces son desconocidos que pasan por ahí, se paran y dicen que quieren echar una mano. ¿Por qué sucede todo esto? ¿Cómo es posible? La respuesta que he intentado darme y que hemos dado en la Fundación es esta: porque el método que se da durante la recogida, se entienda más o menos, es el que estamos viviendo y el que se nos ha testimoniado esta noche. El método es garantizado por los responsables de la organización de la recogida, lo transmiten, pero después la gente lo puede encontrar: la recogida es algo que sirve para uno mismo, una iniciativa que la persona reconoce inmediatamente como una propuesta y una ayuda a entender y a participar. Estoy hablando de mucha gente que seguramente no sabe cuál es el origen del gesto, pero que se encuentra con esta propuesta y la vive. Al hacer este gesto tan sencillo el método se da, en mi opinión, sin reducciones, integralmente, y se revela inmediatamente como algo para todos, amplía las capacidades de cada persona, no para hacer lo que cada uno quiere, sino para seguir una modalidad y una aplicación práctica que les hace más capaces, más eficaces, más felices, y por lo tanto de alguna forma me hace reconocer que está respondiendo a mi necesidad. Es verdad que la experiencia del movimiento está detrás del gesto de la recogida, está en el origen y en el método, pero no se iza como una bandera, sino que es el alma del gesto. Esto me hace tomar conciencia de la gran responsabilidad educativa que tenemos con la sociedad y con las personas que acompañamos durante el gesto de la recogida y después durante todos los días, porque nosotros hemos tenido un encuentro, y decimos que lo hemos tenido. Por eso la responsabilidad es aún mayor y es una experiencia de misión, precisamente porque es guiada, porque educa, no porque seamos mejores que los demás a la hora de decir o de hacer, sino porque seguimos. En este sentido, lo que

subrayaba Prospero de la relación me indica que las decenas de miles de personas que se implican en la recogida entran en la posibilidad de una relación, se implican y se ponen en juego mucho más entusiastas y felices.

Te lo agradezco porque el gesto de la recogida tiene este alcance, esta incidencia en una circunstancia tan decisiva como es la crisis, que afecta a tantas personas. Es una gracia haber podido identificar en un gesto una posibilidad educativa de incidencia, en un proceso como el que estamos viviendo, de este calibre. Esperemos poder identificar otros gestos que tengan una posibilidad de incidencia como la Recogida de Alimentos. Hay muchas formas de intervenir en estos procesos, desde un nivel personal a uno más público, social, y cuando encontramos los instrumentos adecuados vemos que la contribución pueden representar ciertos gestos para todos.

Por qué la Iglesia

Terminamos con una breve presentación del texto de la próxima Escuela de comunidad que empezará en enero: *Por qué la Iglesia*, el tercer volumen del recorrido de don Giussani. Creo que desde el comienzo el libro responde de forma estupenda al tema que hemos afrontado hoy, es decir, el derrumbamiento de las evidencias. Don Giussani empezó el movimiento porque había cosas que las personas que conocía ya no percibían, empezando por los jóvenes. Hace más de sesenta años se dio cuenta de que no se percibía la evidencia de lo que él había recibido y que la tradición no conseguía seguir transmitiendo. ¿Cuál era su preocupación? Desde el principio introduce una novedad metodológica: «No estoy aquí», dice durante la primera hora de clase, «para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy, sino para enseñaros un método verdadero de juzgar las cosas que os voy a decir . y las cosas que os voy a decir son una experiencia que es resultado de un largo pasado de dos mil años» (*Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19). A través de todo el recorrido, desde el primer capítulo de *El sentido religioso* y de *Los orígenes de la pretensión cristiana* hasta el final, o ahora en el primer capítulo de *Por qué la Iglesia*, toda su preocupación se centra en cómo podemos reconocer a Cristo cuando se habla de la pretensión cristiana y cómo podemos reconocer la Iglesia como continuidad de la presencia de Cristo en la historia. No basta con repetir un discurso, la repetición no basta aunque sea correcta; si el contenido no se capta en toda su densidad, las evidencias dejarán de ser tales para nosotros y no nos pegaremos a ellas, no nos servirán para vivir. Por eso empezamos ya desde enero la Escuela de comunidad intentando sorprender este método, del que ya nos hace conscientes la Introducción de don Giussani, porque sin esto podemos leer el libro y hacer comentarios sobre el mismo, pero no entenderemos todo el alcance de lo que es la Iglesia si falta lo que don Giussani nos introduce como el factor que puede juzgarlo: la experiencia elemental, el corazón, el sentido religioso. De hecho, la única posibilidad consiste en la generación de un sujeto que haga al hombre capaz de recuperar y reconocer las evidencias más elementales de la vida. Sin esto la Escuela de comunidad se reducirá simplemente a hacer comentarios que no inciden de ninguna manera en los

procesos de los que hemos hablado esta noche y en los cuales estamos inmersos hasta el cuello, tomando como camino el método que don Giussani nos ha enseñado.

Os recuerdo el **Cartel de Navidad** porque las frases que hemos elegido, una del Papa Francisco y una de don Giussani, nos ofrecen las pautas de un camino.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 21 de enero a las 21:30. Empezaremos a trabajar sobre la Introducción y el primer capítulo de *Por qué la Iglesia*.

Audiencia 7 marzo 2015. Queremos ir a la audiencia que el Papa Francisco ha concedido a todo el movimiento el 7 de marzo de 2015 abiertos y confiados para escuchar sus palabras y las indicaciones que querrá darnos sobre el camino a seguir. Un momento privilegiado para prepararnos para el encuentro en la plaza de San Pedro será la misa de febrero por el aniversario de la muerte de don Giussani y del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de CL. Os sugerimos que retoméis la intervención del Papa en el Congreso de los movimientos que hemos citado. Además hemos subido a la página web de CL algunos vídeos significativos de nuestra historia que podéis ver juntos. Os recuerdo que la invitación para la audiencia es para todos, y por lo tanto es una ocasión para invitar a nuestros amigos. Las inscripciones se abrirán el 15 de enero y se cerrarán el 2 de febrero.

Libro del mes para enero y febrero de 2015. Con el comienzo de la nueva Escuela de comunidad me parece que puede ser una ayuda retomar *La conversión al cristianismo durante los primeros siglos* de Bardy. Aunque muchos ya lo conocáis, creo que leerlo ahora tiene un significado diferente, porque nos estamos dando cuenta de que precisamente los procesos de los que hablábamos antes son mucho más similares que lo que nos podamos imaginar a los primeros momentos del cristianismo de los que habla Gustave Bardy. De hecho, nos encontramos delante de una sociedad totalmente plural, como la de los primeros siglos. Leer el libro con esta conciencia puede hacer que sea totalmente diferente a lo que ya sabemos, porque ahora tenemos preguntas que a lo mejor antes no eran tan claras o tan conscientes en nosotros. Por eso me parece una ocasión preciosa para poder leerlo o releerlo con esta nueva perspectiva.

¡Feliz Navidad a todos!

Veni Sancte Spiritus